



SEGUNDA DEBATE

GESTOS INUTILES

V

(CONTINÚA)

Cuando decíamos, al principio de este artículo, que el único fin del militarismo es la guerra, dicha aseveración no era del todo exacta, porque el fin verdadero es el sostenimiento de las instituciones actuales, sean políticas, sean económicas.

En efecto, la historia de todos los pueblos demuestra que en todos los tiempos la existencia de los ejércitos tuvo siempre por pretexto «la defensa del territorio nacional». Contra el enemigo exterior eran dirigidos los armamentos y preparativos bélicos; la patria necesitaba defensores en caso de ser agredida por otra nación, es decir, por otro pueblo alojado más allá del río o de la falda de los montes que cerraban el horizonte. Y no solamente había de prepararse contra una agresión posible, sino también, dado el caso, para vengar «el honor nacional» y poder ser agresores. También se daban casos en que era necesario «expandirse», es decir, ir a la conquista de nuevos territorios, nuevos mercados, otro caso en el cual se debía agredir a otro pueblo.

Se comprende fácilmente que, a pesar de las reminiscencias que guardamos de la bestialidad ancestral, los hombres no hubieran nunca consentido, mayormente en nuestros tiempos, a ser conducidos a la guerra como se conducen los rebaños al matadero. Era necesario un pretexto, una causa, algo de *sagrado*, de *noble*, de superior a toda consideración individualista, y el pretexto fue la *patria*, es decir, la *tierra de los padres*, que se debía guardar, conservar, venerar, defender, engrandecer. Y se educaron las generaciones en esta idea de patria, la que fue una religión con sus fetiches: las banderas; sus ídolos: «altares de la patria»; sus pontífices: los gobernantes; sus sacerdotes con jerarquía y todo, desde el generalísimo hasta el último cabo, y, por fin, sus fieles, los soldados, hipnotizados con la idea de patria como lo son los fieles de otras religiones con la de sus dioses.

A nombre de la patria, los hombres se precipitan unos contra otros

y se ofrecen en holocausto, como si se tratara de ofrendar sus vidas a una divinidad sangrienta.

Pero sucede que no solamente los pontífices, los gobernantes, pretenden que la patria tiene enemigos exteriores; también dicen que tiene sus *malos hijos*, sus enemigos del interior, y estos son los que no comulgan con ellos, los que piensan de otro modo, sea porque ambicionen las curules de los pontífices del momento, sea porque sus intereses lo requieren, sea porque ven más allá que las ideas y las cosas de su tiempo.

Y es cosa rara que los intereses de la patria estén siempre identificados con los de los pontífices; también lo es que los intereses de éstos sean los mismos que los de los ricos, de los terratenientes, de los dueños de fábricas, minas, ferrocarriles, etc.

Así es que, cuando se trata de un movimiento político, es decir, de una revolución basada sobre el principio de *gúttate tú para que me ponga yo*, el ejército nacional, creado con el pretexto de defender la patria contra los enemigos exteriores, sirve para reprimir el movimiento por la fuerza, y los enemigos son los nacionales que no se someten a los oráculos de los pontífices, es decir, que no se conforman con la política del Gobierno, o quieren ser los pontífices de mañana.

En nuestros días otros movimientos populares amenazan de vez en cuando los intereses de los gobernantes y de los ricos, sus protegidos. Sucede, siempre más a menudo cada año, que los obreros reclaman más pan y menos trabajo, basando sus reclamaciones sobre los progresos científicos materiales, que permiten producir más con menos esfuerzo. Estos movimientos populares, las huelgas, no son otra cosa que un conflicto de intereses entre productores y explotadores, y siendo, como lo decimos más arriba, que los pontífices de la patria, los gobernantes, tienen intereses identificados con los de los poseedores de los instrumentos del trabajo: tierras, minas, fábricas, máquinas, etcétera, natural es que consideren como *enemigos interiores* a los que reclaman sus derechos.

Sea político o social, todo movimiento que tiende a alterar el *orden*, es decir, el estado de cosas de que disfrutaban los gobernantes y sus aliados los capitalistas —y cuando de-

cimos sus aliados deberíamos decir sus *amos*, ya que los gobernantes no son otra cosa que los humildes servidores de los capitalistas—, todo movimiento, toda aspiración, toda reivindicación, no pueden ser considerados sino como obra de *enemigos interiores*.

Y por esto vemos que en tiempo de huelga los gobernantes, los padres de la patria, hacen entre sus hijos, los gobernados, distinciones muy parciales, enviando desde luego soldados al terreno de la huelga, con la consigna de sofocar cualquier *desorden*, es decir, cualquier manifestación de ira contra los patrones. No solamente los soldados, obreros con librea militar, sirven de amenaza y muchas veces de instrumento de castigo, pues se dan muchos casos en que se les emplea para reemplazar a los huelguistas. Son muy numerosos los ejemplos de haberse empleado soldados en las panaderías, en los hornos de las fábricas, en los servicios postales, en los ferrocarriles, demostrando de este modo los gobernantes que están del lado de los ricos, que los soldados sirven para defender los intereses de los ricos, y que, en resumen, la patria no es otra cosa que los intereses de los ricos.

Y para ello, para regentear —Gobierno—, defender —militarismo— los intereses de la clase explotadora, se hacen gestos tan inútiles como la construcción de cuarteles, de edificios de todas clases, como astilleros, fábricas de armas, etc.; se tiene que trabajar para vestir, alimentar y satisfacer todas las necesidades de millones de seres apartados de la producción para hacer obra de destrucción.

Basta pensar en la enorme suma de trabajo que representa el mantenimiento de los ejércitos en tiempos de paz para darse cuenta de lo que gastan de productos en tiempos de guerra civil o internacional.

Basta representarse esta suma de esfuerzos dedicada a trabajos útiles, y añadirle el trabajo productivo de los millones de hombres que se ejercitan en el arte de matar, incendiar y destruir, para comprender la suma enorme de felicidad y de bienestar que la institución nefanda del militarismo resta a la colectividad humana.

SAUVARINE.